

NOVELA

AGUSTIN YAÑEZ: LA TIERRA PRODIGA. México, Fondo de Cultura Económica, 1960. 315 ps.

Con un brío torrencial, aunque sujeto a ordenado desarrollo, Yañez acomete en esta novela la difícil empresa de revivir todo un sector que nos hace oír, además, impresos en bastarísima escapanza los audaces y desaprensivos cacicqueros de las "tierras calientes", en la zona del Pacífico, con sus stropellos, sus amores y sus odios, sus crímenes y sus excelsitudades, y los conflictos que los enfrentan entre sí y con las empresas estatales. Alternado con una descripción tan vivaz como la de los sucesos correspondientes, el autor nos hace oír, además, impresos en bastarísima, las reflexiones de los personajes. Recurre al efecto a una técnica más o menos joyanesca, abriendo puntuación y sintaxis a fin de poder reproducir con viable fidelidad las modulaciones, balbuceos y franquicias que se suceden al pensamiento en estado naciente. Logra de ese modo un trámite ágil y opulento, en donde el paisaje, mar y montañas de hondas grandezas colabora, evocado sin excesiva ahincancia, por el vigor y hasta por la pena con que trasuntan su presencia. La psicología de los personajes, iluminada por dentro y por fuera, sus denuedos y sus tortuosidades, los choques de influencias y la gama completa de varonilidad y matonismo que abarcan, van caracterizando la situación social y configurando al mismo tiempo el panorama total a que se aspira. Apenas si se podría echar de menos, si le pidiéramos al autor lo que con seguridad no se propuso, un mayor ahincamiento en los móviles, los que a veces por morosos y por reiterativos, dan una calidad trágica que ahondara el dramatismo apasionante que impera en general en la novela. Sorprende, y suena un poco a falso, además, la carencia de intenciones que el autor afecta si justificado. Pero tal omisión de intenciones, además de un progresismo no bien caracterizado al justificado. Pero tal omisión afecta la autenticidad con que se nos revela la mayoría de los personajes, desbordando de vitalidad, de violencia y de astucia, dibujados con mano firme y en base a un sólido repertorio de actitudes y de giros de lenguaje. No obsta mayormente a la compren-

sión del relato el uso frecuente de palabras y expresiones populares; al contrario, el color e intención local que se consigue, detenido en el límite preciso, colabora con el propósito perseguido. Se trata, en suma, de una novela ideal de clase B, en donde el placer menor de la aventura no perjudica la obligación mayor de su sentido humano, y en donde el interés —porque se lee de un tirón— se obtiene limpiamente, sin las concesiones ni las facilidades a que el género invita de ordinario.

W. L.